



La Misa del Domingo

Domingo 17 de junio Semana XI del tiempo ordinario

Ezequiel 17, 22 – 24.
Salmo 91. 2
Corintios 5, 6 – 10.
Marcos 4, 26 – 34.

Todos hemos de saber que para lograr nuestras metas y nuestros triunfos en la vida debemos esforzarnos, trabajar y sacrificarnos para lograrlo. Pero también hemos de saber que no depende de nosotros solos, sino que hay muchos factores implicados para lograrlo. Desde que nacemos, hay muchos factores que no controlamos: en qué familia nacemos, en qué lugar, en qué época, con qué bienes materiales, la salud,...

Eso mismo nos dice la parábola de hoy. Un agricultor sabe que para tener una buena cosecha debe preparar el terreno, coger unas buenas semillas que sembrar para que crezcan y se desarrollen. Y sabe que depende de otros muchos factores que no puede controlar: la lluvia, el sol, las plagas y enfermedades, etcétera.

A pesar de todo su esfuerzo, sabe que estas semillas crecerán sin saber cómo. De la misma manera nosotros llegamos a lograr muchas cosas sin saber exactamente como las logramos. Cuantos descubrimientos de la ciencia se han debido al azar, tras gran cantidad de años de esfuerzo.

Hemos de ser como el agricultor, valorar las cosas pequeñas de cada día que suelen pasar desapercibidas a quien no mira con atención para reconocer en ellas la acción de Otro que trabaja más que nosotros.

En la primera lectura ya se nos muestra como Dios busca entre los brotes tiernos de los árboles, entre lo sencillo y humilde, para plantar una rama que eche brotes y dé fruto. Este árbol crecerá fuerte y frondoso, dando abrigo a los pájaros. Dios es capaz de todo, aunque nos parezca imposible.

Todo lo escuchado respecto de las semillas y los frutos que genera, en realidad son una metáfora del Reino de Dios. Jesús nos habla constantemente del Reino de Dios. La semilla, la Palabra de Dios proclamada, debe ser escuchada y vivida por la gente. De la misma manera que en el evangelio del domingo anterior se nos dijo que la familia de Jesús es aquella que escucha la palabra de Dios y la vive, la lleva a la práctica, hoy se nos vuelve a decir lo mismo. La Palabra de Dios debe ser escuchada por nosotros. Nuestro corazón, la tierra donde se planta la semilla, debe estar bien abonado, para que germine y crezca esta Palabra de Dios, esta semilla.

Dios trabaja y es capaz de hacer germinar en nuestro corazón hasta la semilla más insignificante, logrando un gran fruto. Igual que un grano de mostaza, diminuto, logra crecer y da lugar a un árbol que da sombra y cobijo a los pájaros. De la misma manera actúa Dios. Es capaz de lograr por medio del Espíritu Santo que nuestra fe prospere y crezca para que nosotros trabajemos por el Reino de Dios. Que todos los cristianos caminemos en fe, con buen ánimo y esfuerzo para hacer posible el Reino de Dios en la tierra. Pero reconociendo siempre que la misericordia y la fidelidad son de Dios. Que sin Él no somos nada, que solo con nuestro esfuerzo, por muy grande que sea, no somos capaces de lograr nada. Igual que el agricultor confía en que la semilla germine y crezca, nosotros hemos de confiar en Dios y en la acción del Espíritu Santo para que nuestra tarea llegue a buen término.

Que aceptemos la semilla de Dios para que crezca y prospere en nuestro corazón, dando gracias a Dios porque es justo y misericordioso, y nos hace partícipes de su labor junto a Él sembrando el Reino de Dios a nuestro alrededor.

Germán Rivas, sdb